

Amemos, como él, el retiro, la mortificacion, el trabajo, la humildad : amemos á nuestros hermanos é inspirémosles el amor á Jesucristo. Vosotras con especialidad, las que por vuestra profesion os habéis impuesto una obligacion de seguir la regla de este prodigio de la gracia, de la penitencia, de la virtud, no os separéis un solo paso de la senda que él os ha trazado : mortificád incesantemente vuestras pasiones : sed humildes, pacientes, resignadas ; amád la pobreza ; amád al Señor : amaos á vosotras mismas : manifestád en vuestra conducta que aprendéis en la escuela de tan insigne maestro, que sois hijas de tan esclarecido padre, y seréis un dia eterno compañeras de la gloria de tan prodigioso santo. Amen.

## DISCURSO

### PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN,

DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

*Exiit vincens ut vinceret.*

Salió victorioso de sí mismo , para despues continuar sus victorias.

*Apocalípsis, c. 6. v. 2.*

Glorioso es, al par que magnífico, el espectáculo que en todas épocas ha ofrecido la Iglesia á los ojos del hombre observador. Desde su misma cuna se nos presenta ya victoriosa de tantos y tan encarnizados enemigos que, circuyendo en su derredor cual canes famélicos, pretendian hacerla su víctima. Más de una vez se vió fluctuar la navicilla de Pedro en medio de las furibundas olas del error y de la mentira ; pero, sostenida siempre por el brazo del Omnipotente, regida por el aura suave del espíritu de verdad, perfeccionó su rumbo á traves de mil escollos, y llegó al puerto, entonando himnos de triunfo y de victoria. En efecto, señores ; combatir siempre y siempre triunfar, tales fueron los destinos de la Iglesia desde su fundacion, y lo serán hasta la consumacion de los siglos ; y por mas que el averno breme y suscite mil y mil monstruos que la declaren la mas cruda guerra, su victoria no podrá ser dudosa, porque no puede serlo aquella palabra eterna consignada en el divino Código : « Yo estoy con vosotros, y con vosotros permaneceré hasta el fin de los tiempos : *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi* (1).

(1) *Matth. c. 28. v. 20.*

Para evidenciar esta verdad, no es necesario mas que recorrer la dilatada serie de siglos que vienen trascurriendo, desde que esta coluna y firmamento de la verdad fué basada sobre la roca inmóvil Cristo Jesus. Sobre esta roca vinieron á estrellarse los impetuosos embates del ábrego enfurecido. La idolatría, el error, la herejía, el filosofismo con sus miserables sectarios hallaron su sepulcro á los piés de ese gran coloso, contra quien las férreas puertas del infierno en vano intentaron prevalecer. Si en los tres primeros siglos del cristianismo la Iglesia hubo de gemir sobre las profundas heridas que en su seno abrieron una multitud prodigiosa de hombres, que aguzando sus dientes de áspid no dudaron vomitar por do quier el mortífero veneno del error; tambien se vió llena de regocijo, al ver el celo intrépido de mil atletas invencibles, que saliendo á la arena y luchando denodadamente por la verdad, supieron hacer de sus mismas heridas otros tantos trofeos gloriosos, que ornaron majestuosamente las sienas de esa hija del cielo. Si hubo Neronés, y Tiberios, y Dioclecianos, y Calígulas, y Maximianos; si hubo nicolaitas, y cerintos, y marcionitas, y arrianos, y maniqueos, y pelagianos, tambien hubo Justinos, hubo Tertulianos, hubo Orígenes, hubo Eusebios y Teodoretos, y Atanasios, y Gerónimos, y Agustinos... Qué dije? Mi lengua ha pronunciado involuntariamente el nombre del héroe incomparable, que hoy celebra la Iglesia santa. Agustino!... Iglesia!... nombres inseparables! Gloríate, hija de Sion! llénate de júbilo, hija de Jerusalem! Hé aquí aquel muro de bronce destinado á defender á Israel contra la osada impiedad del jebuseo, del filisteo y del tenaz amalecita. Prepare el infierno sus huestes formidables; Agustino, cual macabeo invencible, saldrá á la lid, defenderá tus intereses, ahuyentará tus adversarios, sostendrá el templo, restaurará el altar, y será un fanal precioso, que esparcirá en todo el universo las brillantes luces de la verdad.

Tal es, señores, el carácter majestuoso, bajo el cual se presenta mi héroe en el seno de la Iglesia católica. Muchos fueron sin duda los hombres grandes, á la par que ilustrados, que, esparciendo los luminosos rayos de su ciencia y de sus virtudes en ambos hemisferios, sostuvieron con gloria el honor de la Religión católica y los intereses de la Esposa del cordero. Respectable es cuanto bella esa cadena de talentos sublimes, de ingenios singulares, de almas grandes y generosas, cuyas pági-

nas, no ménos que sus hechos heróicos, immortalizaron sus nombres y transmitieron incorruptible su memoria á la mas remota posteridad. No obstante, sin hacer injuria al mérito personal, sin pretender menguar en lo mas mínimo la gloria de esos astros brillantes, séame permitido decir, que Agustino, cual astro de primera magnitud, merece un lugar muy distinguido en los fastos de la Iglesia. Los servicios inmensos que este hombre célebre prestó á la Religion, están allí marcados con páginas de oro; y la caducidad de las cosas humanas, y la fuerza irresistible del tiempo, léjos de disminuir en nada el honor debido á sus hechos heróicos, cada día los hace mas apreciables, y mas útil y provechosa su doctrina.

Fuerza es fijar nuestra atencion en los medios de que se valió la Providencia del muy Alto para establecer en su Iglesia este astro brillante, si es que hemos de conocer en toda su extension el mérito singular que le caracteriza. Son tan raros, tan originales, tan fuera del órden natural, que solo pueden caber en la mente de aquel cuyos designios son incomprendibles; mas no por eso son ménos á propósito para conseguir el éxito que se propone sobre sus escogidos. Ya en otro tiempo, de un Saulo tenaz perseguidor de su Iglesia santa, supo el Señor hacer un vaso de eleccion, que llevase su nombre adorable á las naciones, y le predicase en presencia de los monarcas de la tierra. ¿Qué extraño pues, que en los siglos posteriores haya renovado los prodigios de su gracia, haciendo nacer la luz del seno mismo de las tinieblas? Lo hizo pues, católicos, y de tal manera, que del caos profundo del error hizo brotar una fuente perenne de luz y de verdad. Tal es Agustino: la obra de la gracia, y triunfo de la gracia, el cautivo de la gracia, y el doctor y defensor de la gracia. Ved ya enunciado mi pensamiento. Voy pues á proponeros como asunto de vuestra atencion en este discurso la siguiente proposicion: la verdad triunfando de Agustino, le hizo el mas victorioso defensor de la verdad y de la Iglesia. *Exivit vincens, ut vinceret.*

¡O Espíritu divino, que con tanta fuerza te insinuaste en el corazón de Agustino, que le hiciste triunfar de sí mismo con tu gracia, para despues hacerle vencedor de los enemigos de la verdad y de tu Esposa inmaculada! séante hoy aceptables mis plegarias, y dignate infundirme tus luces, para poder dignamente elogiar á este grande héroe, coluna y baluarte de la

Religion católica. Si mis culpas desmerecen tus auxilios, no los rehusarás á la intercesion poderosísima de aquella Virgen que fué tu sagrario y tu templo. Á ella intereso yo en mi favor; y al efecto, uniendo mi voz con la de mis oyentes, la saludo con las sublimes expresiones del arcángel Gabriel: *Ave Maria*.

#### REFLEXION ÚNICA.

Si hubo un tiempo en que la verdad parecia estar esclavizada y ahrojada con duras cadenas, fué sin disputa en aquel siglo en que, mancomunados los errores del paganismo con los sofismas de la filosofía, unidos á estos los de los donatistas, pelagianos y maniqueos, parecian haber obstruído todas las vias que conducen á conocerla. Las doctrinas de estos últimos eran las mas abominables. Creían que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal, que como dos divinidades contrarias luchaban continuamente en el corazon del hombre. En este habia, segun ellos, dos almas; una que le inclinaba á la justicia, y otra que le determinaba al pecado. El hado, la fatal necesidad era en su concepto el móvil de todas las acciones humanas; y el pecado era mirado como una desgracia, pero en manera alguna como un crimen.

En medio de tamaños errores, nació Agustín á la luz de este mundo. Su ingenio sublime, su entendimiento perspicaz y un espíritu claro y penetrante, le hicieron desde su infancia la admiracion de sus contemporáneos. Un deseo ardentísimo de saber le arrastra á lanzarse con avidez en la carrera de las ciencias humanas y filosóficas. Ninguna dificultad se resiste á su comprension; todo lo allana, todo lo penetra. Hubiérase dicho que Agustín inventaba las ciencias, segun la facilidad con que las aprendía.

Pero hay una ciencia que hincha, segun el lenguaje del Apóstol; y tal fué para Agustín la que aprendió en los escritos de los filósofos. Ensoberbecido con sus vastos y profundos conocimientos, la simplicidad de los Libros santos le causaba náuseas insufribles. Abandonó pues las fuentes de la verdad; y por una permission del Señor que queria abatir su altivez, vino á caer en los abismos de la mentira y del error. Ved ya á Agustín sumido en el profundo cáos del maniqueismo, y víctima de

las mas vergonzosas pasiones. Qué estado tan lastimoso! Oíd como él se pinta á sí mismo en el libro de sus *Confesiones*: «Creía yo, Dios mio, que no era yo quien pecaba, sino que era una naturaleza extraña la que pecaba en mí. Por infiel y orgulloso que fuese, sentia cierta complacencia en imaginarme que yo jamas era culpable. Os ofendia sin implorar vuestra misericordia, y buscaba en mí mismo mi propia justificacion, atribuyendo mis faltas á no sé que principio distinto de mí. Yo no era la verdadera causa de mi ceguedad; y mi pecado era tanto mas incurable, cuanto mas engañado vivia, lisonjeándome de no ser yo el autor de mis propios desórdenes.»

Tal era el estado de Agustín. Anhelando los placeres y adormecido en los brazos del deleite, en vano una madre tierna derramaba amargas lágrimas para atraerle á las vias del deber; en vano sus amigos reiteraban sus amorosas amonestaciones; en vano su mismo corazon le hacia experimentar las amarguras de unos placeres insensatos, en pos de los cuales corria precipitado. Ah! su alma experimenta una lucha la mas terrible y amarga. Ama el error, pero no aborrece la verdad; corre por caminos extraviados, y no obstante desea caminar al sumo Bien. ¡Cuántas veces se esfuerza á salir de sus pasiones! ¡cuántas determina romper los lazos que le aprisionan! pero sus pasiones le hablan al corazon un lenguaje seductor. «¿Es posible, le decian, que nos has de abandonar?» y Agustín se dejaba aprisionar de nuevo. «Ya no estaba yo sujeto á errores,» dice de sí mismo, «y todavía no era yo del partido de la verdad; y aunque la Iglesia no se me representaba ya como vencida, con todo eso no podia resolverme á reconocerla por vencedora.»

Gran Dios! ¿habrás de abandonar á Agustín para siempre en los caminos del error? No, católicos; la providencia adorable del Señor tiene premeditado un triunfo tanto mas admirable cuanto mas inesperado. La verdad vencerá á Agustín, para que despues triunfe por él la verdad. Fuerza es que experimente lo que puede la gracia del Señor en el corazon del hombre, aquel que está destinado á ser el mas acérrimo defensor de la gracia.

Llegado es el momento; Agustín escucha una voz que no solo hiere sus oídos, sino que penetra en el fondo de su corazon. *Toma y lee!* le dice el Señor, en ocasion que se hallaba sumergido en los mas profundos pensamientos, teniendo á su

lado las Epístolas de san Pablo. Levántase Agustín asustado y medroso; y tomando en sus manos aquel terrible volúmen en que estaba escrito su juicio, ábrele, y lee aquellas sublimes palabras: « Andemos con decencia y honestidad como se suele andar durante el día; no en comilonas y embriagueces, no en deshonestidades y disoluciones.... Mas revestíos de nuestro señor Jesucristo, y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad (1). » ¡Qué mudanza experimenta el corazón de Agustín con la lectura de este corto período! Apaciguense al punto sus inquietudes, disípanse sus tinieblas, se ilustra y purifica su corazón, su fe se afirma, y venciendo sus pasiones, queda hecho el triunfo de la verdad. *Exivit vincens, ut vinceret.*

Venciste, Señor, venciste! Ya Agustín es un nuevo hombre: de hoy mas vuestra Iglesia puede contar con un defensor intrépido, que sabrá oponerse, cual muro de bronce, á los tiros de sus enemigos. Tal es en efecto, católicos, el destino de este hombre prodigioso. Delinear el incremento que de día en día recibía su virtud, referir los progresos que hacia en los caminos de la ciencia de Dios, no es posible. ¿Visteis aquellas aguas que, despues de haber caído desde la mayor elevacion de su origen por canales subterráneos hasta lo mas profundo de los valles, salen á borbotones de su prision, y levantándose con ímpetu hácia el cielo, tanto mas se remontan, cuanto mas habian bajado hácia la tierra? Pues no de otro modo, lleno Agustín del espíritu del Señor, tanto mas se elevó por sus virtudes, cuanto mas se habia abatido por los desórdenes de su vida. Y ¿quién será capaz de comprender su elevacion en la ciencia de la Religion? ¿Hubo alguno que como Agustín expusiese todos los dogmas, probase todos los artículos, tratase las cuestiones mas difíciles? No hay parte alguna de la teología, en donde no se halle á Agustín como maestro y como guía. La existencia y unidad de Dios, la trinidad de las personas, la divinidad del Verbo, la sabiduría de la Providencia, la verdad de la Fe católica, la justificacion del hombre, la necesidad y el influjo de la gracia, la autoridad de la Iglesia, todo en fin cuanto han dicho y discurrido los mas sutiles y profundos teólogos, lo dijo y discurrió Agustín; y con tanto nervio, y con tal copia

(1) *Rom. c. 13. v. 13 et 14.*

de argumentos, y con racionios tan convincentes, que como ha dejado escrito un célebre orador de nuestra patria, « bien así como todas las luces que se habian esparcido y derramado en los tres primeros días de la creacion, fueron reunidas al cuarto día en un cuerpo de luz llamado sol; así tambien parece que las luces de la verdad, que estaban como dispersas y repartidas en diversos doctores por los primeros siglos de la Iglesia, se recogieron y reunieron todas en Agustín. »

Salga ya á la liza la herejia; suscite el averno al orgulloso Pelagio; renueven su furor los donatistas; griten los arrianos...; Agustín se presenta para defender la Religion contra todos estos monstruos, esgrime la espada de la palabra, arguye, combate, confunde sus sofismas, y de todos sale victorioso. Diríase que él se multiplicaba á medida que crecian las necesidades de la Religion. Cien veces levanta la pluma de una obra para aplicarla á otra que pide mas urgencia, y otras tantas vuelve á continuar su primer trabajo con igual celo y con la misma solicitud. Agustín no conoce el reposo: el celo de la casa de su Dios le devora. Observa continuamente á los herejes, descifra sus efugios, estudia sus costumbres, descubre sus artificios, sigue sus huellas en todas direcciones, convoca conferencias, solicita la reunion de Concilios, consulta á Roma, insta á los sumos pontífices para que confirmen las decisiones de la Iglesia de África, viaja sin cesar, ya está en Italia, luego en Cartago, despues en Hipona, y siempre adonde los intereses de la Iglesia reclaman su presencia.

El eco de la fama de Agustín se extiende hasta las extremidades del orbe. El gran Gerónimo, sabedor desde los desiertos de la Palestina de lo que este acérrimo defensor de la Fe trabaja por la gloria del Señor, se llena de gozo, le da el parabien, le escribe, le honra y confiesa, que nada le queda que añadir á lo dicho por Agustín. ¡Tanta era y tan universal la opinion de sus inmensas luces! Y ¿juzgáis que estos elogios puedan ser capaces de engreir el corazón de este hombre singular? No, católicos, porque en medio de sus glorias jamas apartará un momento la vista de sus pasados extravíos. Este es á mi ver el mayor triunfo que nuestro santo consiguió contra el mayor de sus enemigos. En efecto, el orgullo de los hombres del mundo les hace hallar el secreto de levantar arcos triunfales, y erigir estatuas que sirvan de eternos monumentos á sus hazañas, para

recibir del arte una especie de inmortalidad que á ninguno concedió naturaleza. Ellos graban sobre el mármol y sobre el bronce las acciones ilustres de su vida, para hacer su vanidad tan duradera como las piedras y los metales que las conservan. Pero la humildad de Agustín le inspiró un medio de hacer eterna su penitencia, y de llorar aún despues de su muerte los desórdenes de su vida. El libro de sus *Confesiones* es á no dudar el mayor portento de san Agustín. Allí se remonta hasta su infancia para examinar en ella los primeros efectos, y (digámoslo así) el origen y nacimiento del pecado, en la fragilidad y flaqueza de aquella edad. Allí llora los yerros y desvarios de su juventud, haciéndolos patentes y dejándolos expuestos á la noticia de todos los siglos. Allí aplica toda aquella comprension clara y penetrante que le dió naturaleza, para examinar y sondear los senos mas recónditos de su alma y sus mas secretas intenciones, hasta hallar y descubrir en sí los defectos mas leves, las imperfecciones mas ligeras, y acriminarlas como excesos abominables. Allí... ¿Mas qué, pretendo yo desentrañar todas las preciosidades de ese libro que ha inmortalizado la pluma de Agustín, al tiempo mismo que ha descubierto todo el fondo de su humildad profunda, de su caridad ardiente, de su virtud heroica? Ah! leédlo, católicos, y quedaréis íntimamente persuadidos de mi aserto.

Lleno pues del espíritu de ciencia y de humildad, empapada su alma, si así puede decirse, en un amor tan ferviente hácia su Dios, ¿cuál seria su exactitud en el cumplimiento de su ministerio pastoral? Instruir, argüir y defender, son los tres principales deberes de un obispo. Agustín instruye á los catecúmenos para prepararlos dignamente al bautismo; alecciona al sacerdote en las funciones de su sagrado ministerio, y dirige el espíritu de las vírgenes del Señor por los caminos de la pureza y santidad cristiana. ¿Con qué fuerza, con qué energía no arguye á los enemigos de la Iglesia católica! En vano el pelagianismo se manifiesta á veces mas templado y ménos tenaz en sus errores; inútilmente afecta conformarse con la verdadera doctrina: Agustín arranca la máscara hipócrita de la simulacion, propone el dogma en toda su extension y con la mayor claridad, y hace ver cuánto distan sus máximas de las máximas de la Iglesia católica. En vano...; mas digámoslo, señores, de una vez. ¿Quién aniquiló las reliquias de la supersticion gentilica que habian

sobrevivido á la elocuencia de Tertuliano y al celo ardoroso de un Cipriano? Agustín. ¿Quién sepultó el maniqueísmo en el seno de un profundo olvido, de donde no se atrevió á salir sino despues de muchos siglos? Agustín. ¿Quién destruyó aquella terrible conjuracion de donatistas que dislocaba los cimientos de la Iglesia? Agustín. ¿Quién puso en claro la doctrina del libre albedrío, por tantos siglos controvertida por los sectarios del Monje británico? Agustín. ¿Quién en fin desterró aquel cisma pernicioso que dividia la Iglesia de África, y cuyos incendios amenazaban abrasar á todo el orbe católico? Agustín. De él ha dicho elocuentemente uno de los mas sabios ingenios del siglo de Luis XIV, que habiendo encontrado esta region casi toda cismática á su advenimiento á la silla episcopal de Hipona, la dejó á su muerte toda católica (1). *Exivit vincens, ut vinceret.*

Por último nadie como Agustín llenó los deberes del obispado, defendiendo los intereses de su esposa la Iglesia. Desvelábanle los peligros de la cristiandad, como si no debiese aplicar todo su cuidado á una grey particular, y al tiempo mismo miraba los intereses de aquella iglesia que le cupo en suerte, como si el recinto de su diócesis fuera el único objeto de su pastoral solicitud. De aquí su iglesia vino á ser el modelo de todas las demas. En ninguna otra floreció tanto la Fe; ninguna vió costumbres mas puras; en ninguna ardió tanto el fuego de la caridad; en ninguna se vieron ménos abusos: ninguna en fin contempló como ella en toda su magnificencia el culto del Dios de Sabaot.

No podia esperarse otra cosa de un celo, en que brillaban todos los caracteres del celo de Jesucristo. Discrecion, templanza, suavidad, prudencia, caridad, tales eran las cualidades del celo de Agustín. Si aborrece con toda su alma la herejía, no por eso ama ménos á los herejes, llorando sobre sus extravíos. Diganlo una multitud prodigiosa de sectarios homicidas, á quienes libertó del golpe que la cuchilla de la ley iba á descargar sobre sus cabezas. Si esgrime con energía la espada de la palabra contra el cisma, y persigue en todas direcciones los tortuosos caminos de este áspid venenoso, no por eso desea y procura ménos el reconocimiento de los cismáticos. Él los abraza, cuando se convierten, y dispone que logren entre los católicos

(1) *Neuville, Paneg. de S. Agustín. 2ª parte.*